



# La Actriz

Un cuento inédito.

Oscar Wilde

---

Hubo una vez una gran actriz. Una actriz que había alcanzado tales triunfos que el mundo entero del arte la adoraba postrado a sus pies.

El incienso de la adoración había llenado su vida durante muchos años y nublado tanto sus ojos para otras cosas, que no deseaba nada más.

Llegó el día, sin embargo, cuando encontró a un hombre a quien amó con toda su alma. Entonces, todo su arte, y todos sus triunfos y todas las nubes de incienso fueron nada para ella. El amor fue su vida entera. Pero aunque fue así, el hombre que amaba se llenó de celos... Celos del público que a la mujer no le importaba más.

El pidió que abandonara su carrera y dejara la escena para siempre. Ella, fácilmente lo hizo, pues dijo: "El amor es mejor que el arte, mejor que la fama, mejor que la vida misma". Y así, contenta, dejó la escena y todos sus triunfos, y dio su vida entera al hombre que amaba.

Precipitóse el tiempo y el amor del hombre disminuyó con regularidad, menos y menos, y la mujer que por él había dado todo, lo supo, y ese conocimiento la cubrió como una bruma fría al oscurecer, y la envolvió de pies a cabeza en una gris mortaja de desesperación. Pero era una mujer valiente, y fuerte, y vio al horror de lleno, cara a cara, sin titubeos. Sabía que había

alcanzado la crisis de su vida, la crisis del evento del cual pendía su destino.

Vio la situación con cruel y aguda claridad, que penetró en su corazón. Su carrera, la había sacrificado a su amor. Y ahora su amor se consumía; si no encontraba el medio de revivir esa luz que estaba desvaneciéndose, pronto se apagaría y ella, desolada, estaría en medio de su vida saqueada y en ruinas.

Y ahora, la mujer que había sido una gran actriz, tomó conciencia de que el arte, en vez de serle ayuda e inspiración en el más oscuro desfiladero de su vida, resultaba, contrariamente, impedimento y rémora. Necesitaba las instrucciones del director, y las ideas del autor y sus palabras. Hasta ahora, nunca se había conducido sin ellas; todo pensamiento, toda entonación y casi cada gesto le había sido indicado, pues tal es el arte del actor. Y llamada ahora a crear, pensar y actuar por sí misma, se sentía desvalida y sin recursos, como podría sentirse un niño enfrentado de pronto con un gran problema. Pero con cada día que pasaba. La necesidad de acción se le imponía, fuerte y urgente, más y más. Un día, mientras se paseteaba de un lado a otro, con los sentimientos de la desenfrenada desesperación que guardaba creciendo cada minuto, un hombre vino a verla. El había

---

sido gerente del teatro donde ella actuó en días pretéritos. Venía a pedirle que cuanto antes actuara, un papel en una nueva obra. Ella rehusó. Qué tenía que ver con la escena, y con ese arte falso, que convertía en títeres a quienes lo practicaban, inermes títeres movidos por cuerdas que estaban en las manos del director y del autor.

Hoy se enfrentaba a una tragedia de la vida real, ante la cual todos los sufrimientos fingidos de la escena no era más que oropel y cartón. Pero el empresario insistió; para él, esto era dinero, y era un judío, y zumbó en torno a ella con la perseverancia de una mosca en otoño, que no ha de ser derrotada.

¿No querría al menos leer la obra? La leyó por librarse de él, y encontró que la tragedia en esa obra era la tragedia de su vida. La situación era la misma y se daba una solución al problema.

El destino había llegado en ayuda de la actriz con un juego escénico. Lo actuaría, para dominar cada detalle de la situación. Y así estudió el papel, y lo actuó pronto ante un gran público. Lo actuó con un fervor genial que nunca había alcanzado durante toda su carrera, y el aplauso que retumbó de todos lados fue el homenaje irresistible rendido por los corazones y almas de los hombres a su genio avasallador.

Cuando terminó todo, re-

gresó a casa fatigada y medio embrutecida, con los gritos y alaridos de la multitud sonando en sus oídos. Les había dado lo mejor de sí misma, había regado a sus pies el poderío y el arrobamiento de su alma. Cuanto le quedaba era una sensación de invalidez y debilidad.

Fatigada y cargada de flores llegó a su casa. Advirtió de pronto los dos lugares puestos a la mesa, para la cena, y recordó entonces que esa noche debía decidirse su suerte. Lo había olvidado hasta entonces. Entró en ese momento el hombre que ella amaba, y le dijo: "¿Llego a tiempo?"

Ella vió el reloj y dijo: "Llegas a tiempo, pero llegas exactamente demasiado tarde".



*Este cuento fue contado por Wilde a la señorita Aimée Lowther cuando era niña y fue escrito por ella. Unas copias fueron impresas privadamente, pero ésta es la primera vez que ha sido dado al público.*

*(Nota de "The Mask", volumen cinco, número uno, julio de 1912)*

*Traducción: Eladio Cortés.  
Rutgers University, Camden*

**87**